

El presente de la estética: arte, belleza y carácter relacional.

The present of aesthetics: art, beauty
and relational character.

Daniel Omar Scheck¹

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue (Neuquén, Argentina);
Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS-Conicet)

De un tiempo a esta parte, una derivación particular de la estética se ganó cierto reconocimiento social, gozando de un éxito indisputable y generando ingresos económicos nada despreciables. Los “Salones” o “Centros de Estética” proliferan y se multiplican, ofrecen todo tipo de tratamientos para destacar, o eliminar, los aspectos de nuestra apariencia personal con los que estamos (dis)conformes, o que al menos deseamos retocar. Incluso en lugares poco habitados, como el norte de la Patagonia argentina, desde el que escribo, existen numerosos locales de ese tipo que, además de prometer corregir nuestra apariencia, ofrecen tratamientos para mejorar nuestra belleza de forma integral; es decir, tanto lo que está sujeto al escrutinio ajeno como aquello que beneficia nuestro fuero interno, nada menos que la salud física, mental y emocional. Una versión más prosaica son las empresas que se dedican a la “estética vehicular”, que brindan servicios de limpieza y pulido, avivando la ambición por devolverle el brillo original a nuestros maltrechos y deslucidos coches.

En algún sentido, quienes nos dedicamos a la estética filosófica y pretendemos realizar un mínimo aporte a la disciplina podríamos sentir cierta incomodidad ante esta particular forma de “dispersión semántica”. Aunque, en rigor, el desplazamiento desde “Salones de Belleza”, bastante populares hace un par de décadas, a “Centros de Estética”, como suelen de-

1. scheckdaniel@yahoo.com.ar

nominarsen ahora, muestra que existe cierta consciencia de los problemas que aborda la disciplina o, al menos, que el mercado va recogiendo lo que sucede y se va adaptando al contexto y la demanda. Por otra parte, sin forzar demasiado la interpretación, puede pensarse que algunos de los productos y tratamientos que ofrecen se ajustan a definiciones de lo estético bastante recientes. Sin ir más lejos, en el capítulo final de *Qué es el arte* (2013) -titulado “El futuro de la estética”-, Arthur Danto afirma que la estética es “el modo en que las cosas se muestran, junto con las razones para preferir una forma de mostrarse a otra” (135). Además, sostiene que “siempre hay razones para preferir un aspecto u otro” y que “mientras haya diferencias visibles en el aspecto de las cosas, la estética será ineludible” (137).

Voy a partir de esa definición de Danto, inscrita en una teoría mucho más influyente en el ámbito de la crítica, la historia y la filosofía del arte que en el campo de la estética, para visitar algunos temas de actualidad y desplegar las repercusiones que ciertas concepciones de lo estético tienen para la propia disciplina. Para el caso, los rasgos visuales y aparentes de los objetos materiales que soportan las obras de arte, las cualidades estéticas en términos danteanos, son importantes y trascendentes en tanto contribuyan al significado encarnado en el objeto; si no refuerzan el significado, si no son más que adornos, sólo distraen la atención y hasta pueden malograr la obra. Pero, para poner un ejemplo del propio Danto, una mínima diferencia en la tipografía puede transformarse en algo mucho más sustancial si contribuye a “enriquecer el significado de un texto” -lo mismo cabe para un color, una figura, o un golpe del cincel. Porque lo que importa, lo que distingue una cosa cualquiera de otra que a la vez es una obra de arte, no es algo visual, o sensorialmente perceptible en general. Ante dos cosas indiscernibles desde el punto de vista perceptual, lo que hace que una de ellas además sea una obra de arte, es el tema, el sentido, el mensaje encarnado por el artista que el espectador debe desentrañar en ese objeto material propuesto como obra.

Creo que uno de los méritos de la definición filosófica del arte que formula Danto es, para decirlo en términos kantianos, su utilidad negativa en el campo de la estética. A medida que avanza en la formulación, reajuste y defensa de su teoría, va desechando algunos elementos y clausurando algunas vías por las que una estética situada en un marco de pluralismo

radical de orientaciones artísticas ya no puede transitar. Una de las posibilidades que clausura es la de asimilar lo estético a lo artístico; *i.e.*: de hacer colapsar un campo en el otro. Por un lado, porque todas las categorías estéticas son opcionales, incluida la belleza, y porque solo algunas de las cualidades que el artista decida incorporar al objeto propuesto como obra contribuyen a su artisticidad, y eso depende de que estén bien modulados con el significado que encarna la obra. La belleza externa de una obra, para tomar la categoría estética *par excellence*, solo contribuye a la obra como tal si es funcional al tema que encarna: la belleza interna en términos de Danto.

Por otro lado, porque no toda creación artística depende de sus cualidades estéticas ni tiene pretensiones de captar la receptividad del espectador. Sin lugar a duda, esto apunta a subrayar el hecho de que buena parte del arte contemporáneo poco tiene que ver con una distinción estética, al menos una a nivel superficial como la entiende Danto. De hecho, afirma que “el arte es filosóficamente independiente de la estética”. En otras palabras, pensando en Marcel Duchamp, podría decirse que en el mundo del arte cabe lugar para un arte “anestésico”, un arte sin relación alguna con el buen o mal gusto, indiferente al deleite estético en tanto atado a las diferencias perceptivas. En sentido inverso esto supone que, aunque ciertos artistas produzcan obras con ausencia de intención estética -que no apunten a seducir “la retina”, en términos de lo que rechazaba Duchamp-, eso no determina que lo estético sea eliminado del mundo del arte. Las razones para mostrar algo de una manera u otra, tanto como las preferencias que se filtran en cada elección, muestran que lo estético trasciende el nivel de lo “estésico”.

Pero lo cierto es que esa concepción simple y reduccionista, defendida por Danto en un momento de su vida -luego complejizada y abandonada en cierta medida-, no hacía más que recoger una crítica bastante extendida y una situación general de la estética nada promisorias. En algún momento, y por diversas razones, la estética se cerró sobre sí misma y comenzó a dar giros en dos niveles totalmente inconexos, pero que confluían en un mismo atolladero: o bien se consumía en un nivel superficial, en el plano de los adornos u ornamentos, o de la belleza externa o adherente, para usar expresiones familiares en la disciplina; o bien se extraviaba en las profun-

didades de sofisticadas teorías acerca de corrientes artísticas puntuales con un escaso alcance conceptual por fuera de los propios límites de esas prácticas. En suma, la estética terminó por refugiarse en alguna provincia del arte o en alguna región de lo “estésico”, perdiendo sus alcances y su capacidad para mostrar las conexiones al interior del propio mundo del arte, entre el arte y la vida, y entre el nivel de la receptividad y el resto de las dimensiones que participan de nuestra forma de experimentar el mundo. La estética, decía B. B. Newman a mediados del siglo pasado, tiene las mismas repercusiones para el arte que la ornitología para los pájaros.

En los trabajos que conforman este monográfico se intenta mostrar, por un lado, que lo estético trasciende el plano de la receptividad pasiva y del embellecimiento insustancial. Por otro, que no se agota en disquisiciones teóricas restringidas a un arte particular con alcance local. Navegando entre esos dos escollos, sin renegar de los esfuerzos teóricos por dar cuenta del hecho estético ni rechazar el rol de la dimensión aspectual de las cosas, se ofrece un amplio panorama de las discusiones actuales y, al mismo tiempo, se muestran las conexiones con algunas reflexiones estéticas modernas que anticiparon cuestiones que hoy parecen urgentes. Tal es el caso del artículo de Inés Moreno, que recupera el pensamiento empirista de Hutcheson, un autor poco estudiado hasta el momento, pero con un agudo análisis del problema de los sentimientos y la experiencia estética. A partir del estudio de la forma en que Francis Hutcheson intenta superar el dualismo entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo mental y lo corporal, establece un paralelo con el “experencialismo” contemporáneo de George Lakoff y Mark Johnson. Estos autores introducen la hipótesis de la “corporeización del significado” con la intención de ofrecer una clara salida al dualismo, aunque quizá su mayor impacto tenga que ver con la comprensión de la estética “como el estudio del modo en que los humanos hacen y experimentan la construcción de significados en relación con su entorno”. Es decir, desde una perspectiva distante a la de Danto respecto al rol de lo estético en el mundo del arte, le asignan un papel crucial en los procesos de significación del arte, una función que se extiende al plano del conocimiento y el lenguaje en general.

En una línea afín, el trabajo que presento desarrolla un enfoque de lo estético como relacional, no centrado en los objetos ni en algunos de sus

rasgos materiales. Se recupera la estética del sentimiento de Immanuel Kant para establecer un diálogo con la teoría de la experiencia estética de Jean Marie Schaeffer, de reciente aparición en lengua española. A partir de esa correlación entre estas dos teorías no centradas en lo artístico, la idea es revisar la importancia que lo estético tiene para nuestras vidas y mostrar todos los elementos que participan de la experiencia estética en un sentido integral y no reduccionista. Por su parte, el análisis que realiza Ricardo Ibarlucía sobre el concepto de aura, central para comprender los alcances de la teoría benjaminiana del arte, ofrece claves para rebatir las interpretaciones que circunscriben lo aurático solo a las creaciones humanas y lo conciben como ceñido a ciertas cualidades internas de los objetos. Por el contrario, defiende la idea de que el aura no es algo privativo de las producciones humanas y que no debería interpretarse como atado a lo objetivo, sino más bien como una propiedad relacional. De hecho, a partir de las nociones de empatía y extrañamiento, recupera la profunda carga social del aura y el complejo entramado temporal que encarna.

Por último, en el escrito de María José Alcaraz se analiza un problema muy actual, el de la “autoficción”, que puede interpretarse como una derivación de los estudios sobre la ficción, un campo temático que tiene sus raíces bien establecidas en el mundo del arte y en el universo de la estética, pero que fue ganando un terreno propio y unos alcances quizá insospechados hace unas décadas atrás. La autoficción presenta la particularidad de ubicarse en la intersección entre dos géneros literarios, el autobiográfico y el ficcional, de modo que exige a quienes se sumergen en la obra que transiten entre dos pactos, y el problema es si se pueden conciliar las dos pretensiones del escrito. El trabajo ofrece un recorrido por respuestas de autores diversos y muestra las paradojas que surgen de esas interpretaciones, a la vez que brinda una perspectiva para salvar el carácter aporético de este tipo de ficciones.

Los temas actuales de la estética no se agotan en los que este monográfico aborda, eso es claro. Tanto como que su futuro no parece estar subordinado a los giros o las rupturas en el arte. La reflexión estética no se supedita a lo artístico, ni el arte tiene como único propósito responder a las preguntas que nos interesan a quienes nos dedicamos a esa reflexión. Esa sería una de las conclusiones a las que pueden arribar quienes lean estos

trabajos. Otra podría ser que la estética ya no puede identificarse parte a parte con una “filosofía de lo bello”, ni restringirse al estudio de cualquier otra categoría estética, ni a ciertos rasgos materiales puntuales o específicos. En cualquier caso, lo bello, lo sublime, lo grotesco, tanto como otras categorías estéticas clásicas –y sus variantes actuales o tendencias del momento–, admiten tantos análisis como marcos, contextos, situaciones y posiciones subjetivas e intersubjetivas las nutran y construyan como tales.

En ese retorno al carácter relacional y situado de la reflexión estética, el dato inquietante es que la belleza va perdiendo terreno en el canon –y el propio canon también se contrae– y como parámetro o medida en el arte y en la valoración de las apariencias. Cierran los “Salones de Belleza” o, mejor dicho, se reinventan como “Centros de Estética”, quizá porque el canon y el estatus de la belleza fueron vapuleados; quizá también porque su aplicación a las apariencias y rasgos personales se volvió grosera y displaciente, o incluso ofensiva cuando adopta un carácter normativo. El otro dato sugestivo es que seguimos procurando esas bellezas, más cotidianas y pedestres, que nos proporcionan ciertos encuentros y ciertas relaciones con quienes nos rodean, tanto como con aquellas cosas mínimas que nos hacen la vida más llevadera, sobre todo en estos tiempos aciagos de penumbra y monocromía pandémica.

Aprovecho estas últimas líneas para agradecer a quienes editan *Thémata. Revista de filosofía*, y a su director en particular, por darle un lugar central a estas reflexiones sobre estética y acompañarnos en el proceso de publicación. También agradezco a mis colegas, Inés Moreno, María José Alcaraz y Ricardo Ibarlucía, quienes contribuyeron con sus escritos en tiempos de conexión permanente –e impertinente– y sobrecarga laboral. Por último, agradezco a quienes integran el Proyecto de Investigación “La experiencia estética más allá del arte: entre afectividad y moralidad”, de la Universidad Nacional del Comahue, por su lectura atenta y sus comentarios a los trabajos aquí reunidos.